

NUEVOS

6

Cuentos del Chiribitil

MINISTRO DE ASUNTOS IMPORTANTES



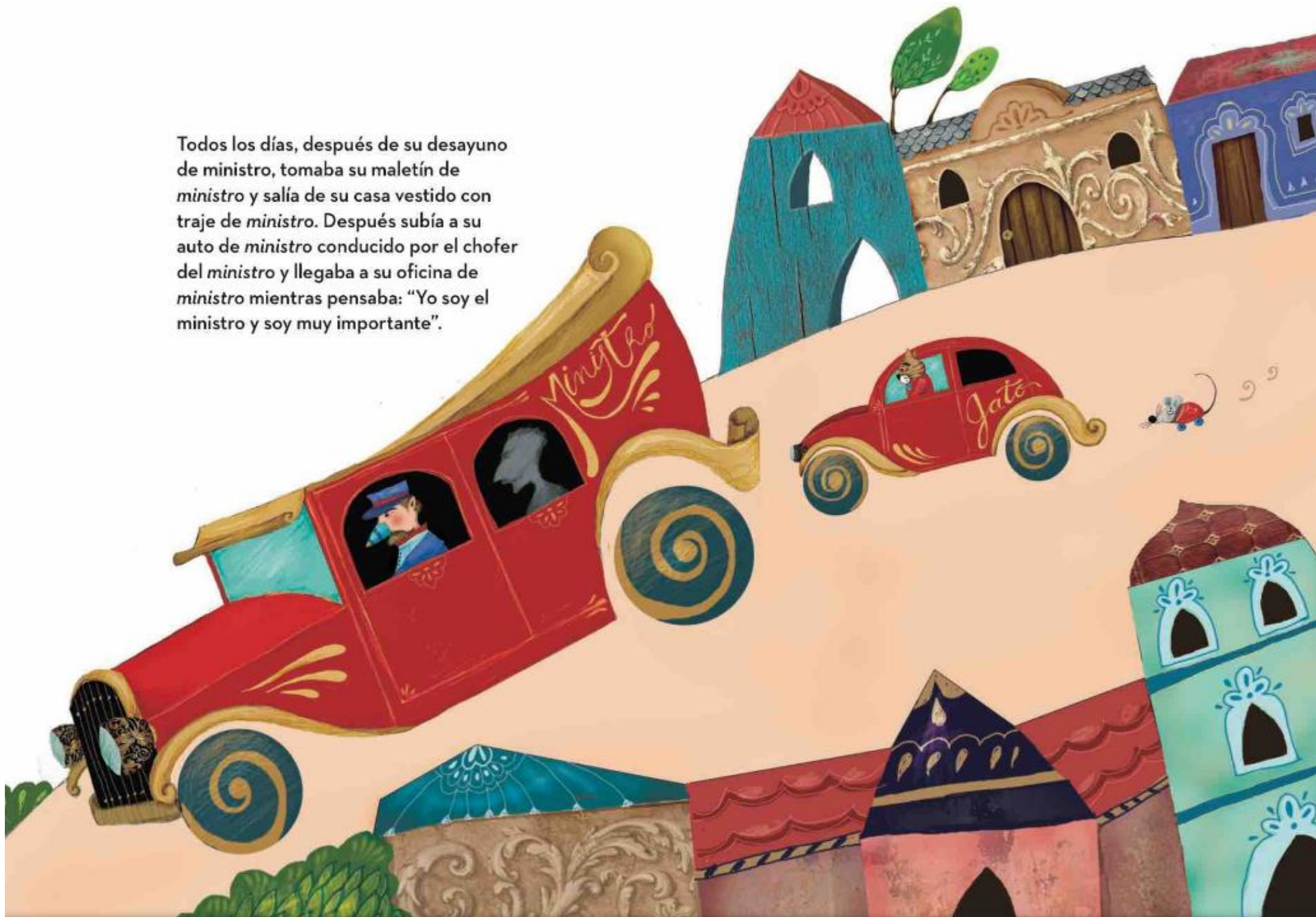
ADELA BASCH · NERINA CANZI

Peudeba

Germán Salmonteri tenía el cargo de ministro de Asuntos Importantes.



Todos los días, después de su desayuno de ministro, tomaba su maletín de ministro y salía de su casa vestido con traje de ministro. Después subía a su auto de ministro conducido por el chofer del ministro y llegaba a su oficina de ministro mientras pensaba: "Yo soy el ministro y soy muy importante".





Lo que más le gustaba era usar el traje de *ministro*. Eran las ropas más elegantes que había visto en su vida. Cada vez que se lo ponía se sentía más alto, más fuerte, menos panzón y más hermoso. Además, el traje tenía bordada la palabra "**MINISTRO**" en letras grandes y doradas.



Todos lo trataban como se trata a las personas sobresalientes. Cualquiera que lo veía lo saludaba con una inclinación. Cuando tenía que entrar a algún lugar, siempre lo dejaban pasar primero. Cuando compartía una comida con otros, nadie se servía hasta que él lo hiciera. Cuando decía algo, nadie lo contradecía.

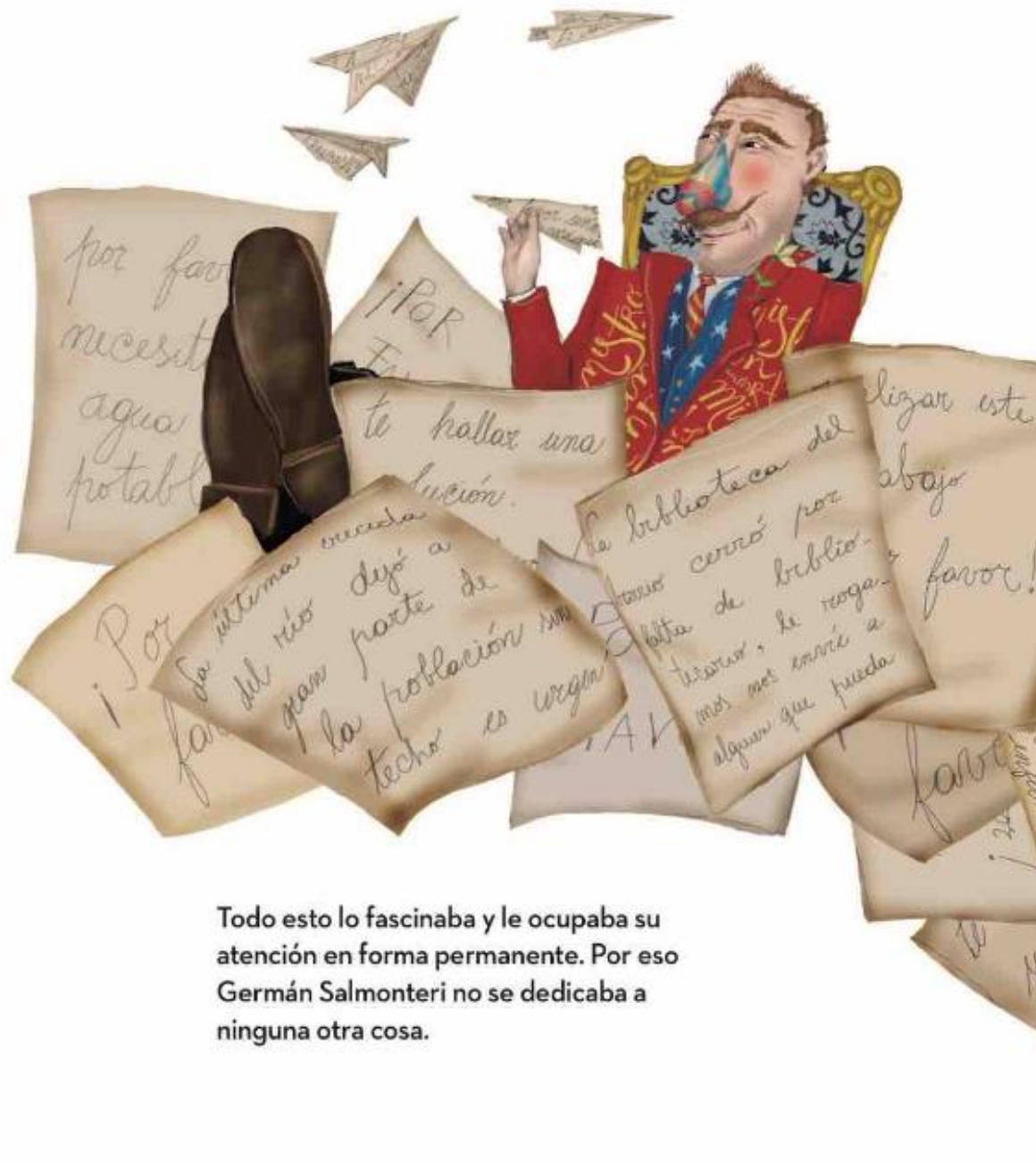


Germán Salmonteri andaba siempre vestido con su traje de ministro y con un aire de persona importante.

En realidad, más que importante, importantísima. Estaba convencido de que todo lo que pensaba, todo lo que decía y todo lo que hacía estaba entre las cosas más importantes del mundo. Y, por supuesto, vivía la mayor parte del tiempo rodeado de personas que le decían: “sí, señor ministro”; “cómo no, señor ministro”; “como usted diga, señor ministro”; “lo que usted quiera, señor ministro”.







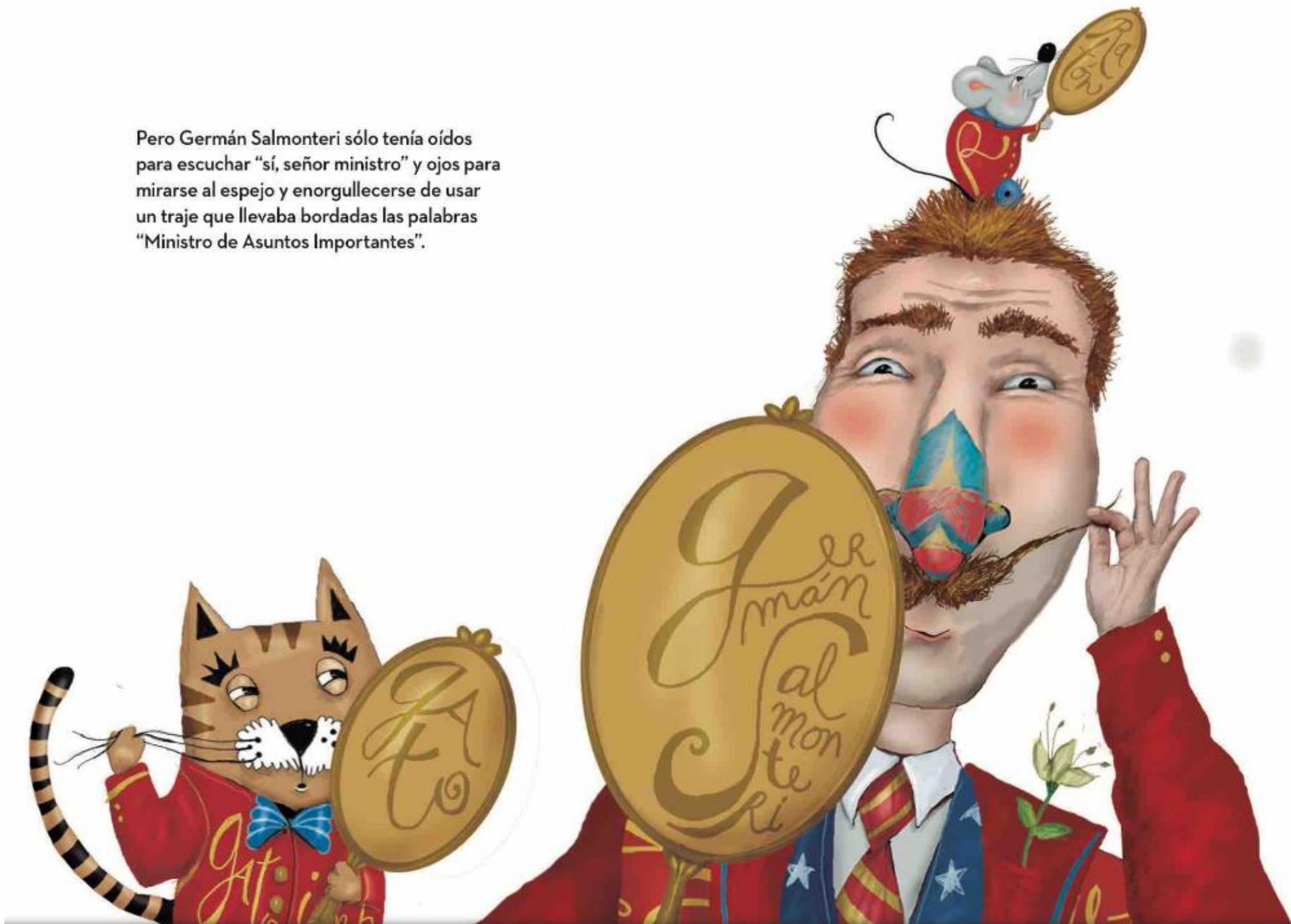
Todo esto lo fascinaba y le ocupaba su atención en forma permanente. Por eso Germán Salmonteri no se dedicaba a ninguna otra cosa.

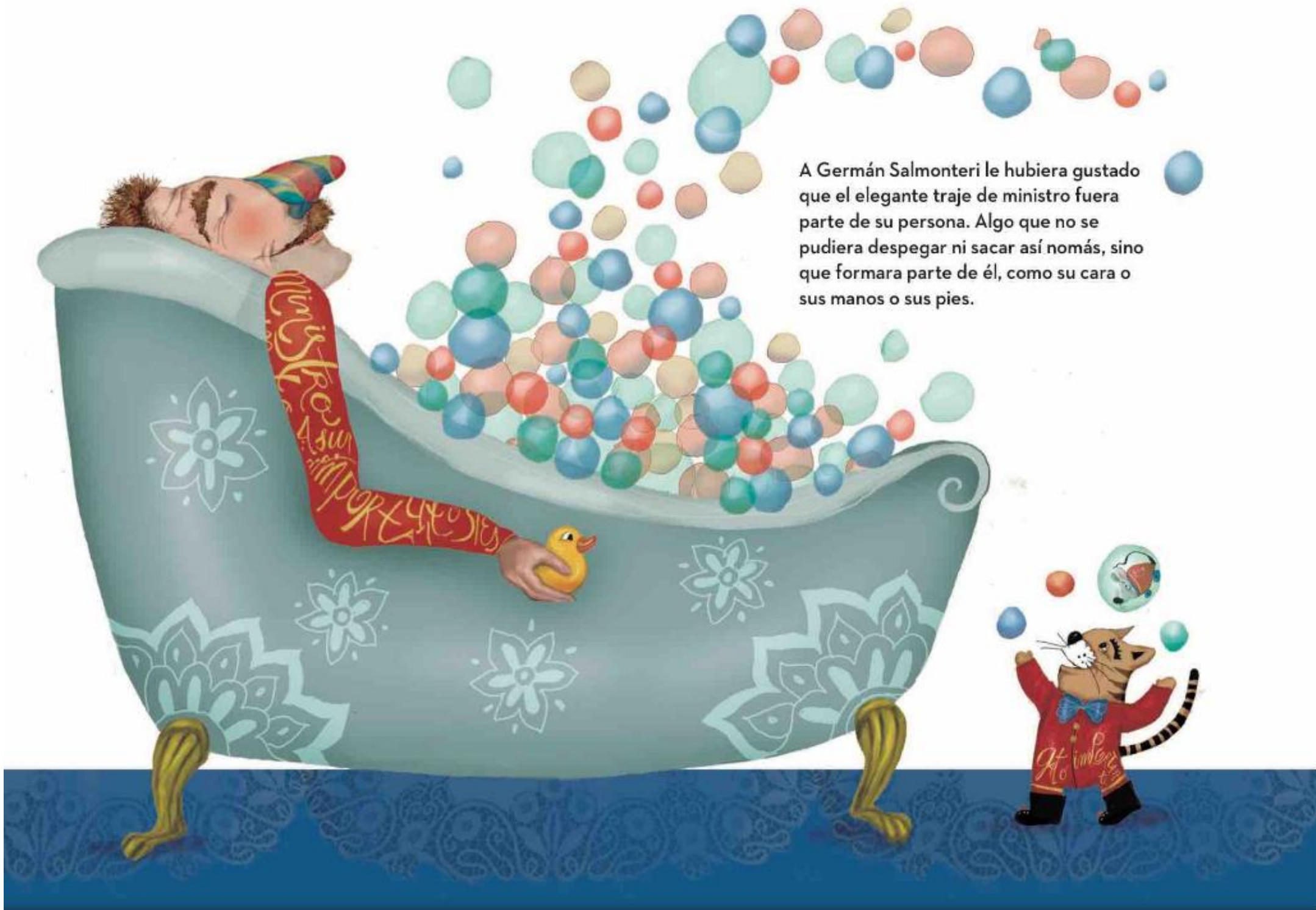
En su oficina se amontonaban cartas y más cartas con frases como estas:

“Por favor, necesitamos agua potable”;
 “La única escuela de nuestro pueblo está llena de enormes goteras y los chicos y las maestras se enferman cuando llueve”;
 “La biblioteca del barrio cerró por falta de bibliotecario, le rogamos nos envíe a alguien que pueda realizar ese trabajo”;
 “La última crecida del río dejó a gran parte de la población sin techo, es urgente hallar una solución”.



Pero Germán Salmonteri sólo tenía oídos para escuchar "sí, señor ministro" y ojos para mirarse al espejo y enorgullecerse de usar un traje que llevaba bordadas las palabras "Ministro de Asuntos Importantes".





A Germán Salmonteri le hubiera gustado que el elegante traje de ministro fuera parte de su persona. Algo que no se pudiera despegar ni sacar así nomás, sino que formara parte de él, como su cara o sus manos o sus pies.



Pero no era así. El traje de ministro no era parte de él. Un día en el que había comido demasiado, después de toda una semana en la que también había comido demasiado, el traje de ministro se le desgarró.

Germán ordenó que le hicieran otro inmediatamente, pero justo en ese momento había escasez de telas para trajes de ministro y su pedido no pudo ser complacido.



Germán tuvo que vestirse con un traje cualquiera, un traje que no tenía bordada la palabra “ministro” en letras grandes y doradas.



Ese día nadie lo saludó con una inclinación, nadie lo dejó pasar primero, nadie le dio la razón en todo y, es más, no tuvo ningún motivo para sentirse importante o, mejor dicho, importantísimo.



Y eso cambió para siempre la vida de Germán. Porque, al día siguiente, llegó a su oficina con un traje cualquiera y empezó a ocuparse de los problemas que tenía la población.

